

fensivas, como á rencillosos. Al hombre cria desnudo, flaco, llorando, sin armas, munición ni pertrecho de guerra; porque es animal manso, que entra de paz, y esto es lo que mejor le está. ¶

¶ Si te probase yo que es mas dificultoso desamar al enemigo que amarle, convencida quedaria tu rebeldia. Pues hagamos otro evangelio, opuesto á este que aquí nos predica el Señor, y digamos así: yo os digo á vosotros: aborreced á vuestros enemigos; haced mal á aquellos que os quieran mal; maldecid y detestad á aquellos que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de Satanás, vuestro padre, que arde en los infiernos, que espere la tiniebla de su ceguera sobre buenos y malos, y llueve odios sobre justos é injustos. Pregúntote, hermano: ¿conténtate mas este evangelio? Pues guárdale, y mala pro te haga, que buena no puede ser. Deslinda cada cosa destas en particular; mira que en el desamar tus enemigos está incluida la invidia; y si quieres mal, te ha de pesar del bien que vieres en el que aborreces, y la invidia y pesar del bien ajeno, es la mayor carnicería y mas duro tormento que nadie te puede dar; eso te quema la sangre, y ahelea el contento, y consume la vida. ¿Puede ser tormento igual que mandarte ser verdugo de tí mismo? ¿Qué tirano mandó tal? ¿Qué Falaris, qué Neron tan inclemente y fiero? Pues á esto acompaña la ira, que es bestia tan brava y fiera: con ella, por vengarse de su enemigo, ¿qué de peligros, qué de costas y trabajos echa sobre sí el vengativo! Pues haz mal, y guarde; porque el injuriado, en mármol escribe, y no hay cabello que no haga su sombra. Nadie haga mal, si quiere vivir, aunque sea á un gato; si no, ahí está la justicia, que quien á hierro mata, á hierro debé morir; y á bien librar, perderás la tierra, que, como si te hubiese tragado, así has de desaparecer. Pues si echas maldiciones ó mal deseas, es pedir que el rey, el juez, de sus mismos hijos tome venganza; mira si puede tu ceguera subir á mayor locura. San Esteban, estándole apedreando, levantó los ojos al cielo para buscar algun refugio, pues en la tierra no le hallaba; y como lo primero que encontró con ellos fué Jesucristo, no osó sino rogar por los que le quitaban la vida, porque vió que no se podía ni debía pedir otra cosa al que rogó á su padre por los que le crucificaban. ¶

¶ Esta ley de venganza, me dices, tú, mundano, que es suave, y que la del perdón no se puede sufrir de dura. Los ciegos verán que estás ciego, y que tu pasión te engañó. Mas gusto hallas en ir aperreado, inquieto, tocándote al arma á tu descanso cada día las espaldas de tus pensamientos vengativos, que te persuaden que busques á tu enemigo corriendo la tierra, buscando todos los escondrijos y cuevas, y si se hundiere debajo della, minar hasta los abismos para sacalle de rastro; y que si se te va á los montes, le persigas trepando y gateando por lo mas fragoso de la montaña, por las cordilleras y riscos, por los altísimos picos de las sierras y despeñaderos mas penados, por donde solas bicerras ó revesos lijerísimos pueden saltar. ¡Oh, miserable! ¿qué arrastrado te trae tu ira desenfrenada! ¶

¶ Enojarse es acto natural; enojarse consideradamente es obra virtuosa, que por esto llamaron los peripatéticos á la ira piedra en que se aguza la justicia; pero salir de seso con la pasión es cosa viciosa y escandalosa; y quien sigue los apetitos de la ira, se precipitará en abismos de males. Mucho traga un fuego desmandado, y mas si le ayuda el viento; pero no llega su destrozo al que hace un hombre encendido con ira, que ni teme la del cielo, ni respeta cuanto hay en la tierra. ¿Qué deja un rayo en pie, cuando reyenta una nube con los dolores de parto que le aprietan? Las piedras muele, el acero derrite, las peñas deshace, lo duro ablanda, y ninguna cosa se le pone en resistencia, que no la domene. Tal es el estrago de la ira. Considerad una borrasca cruel de agua; mirad las olas, á veces sobre las nubes, y á veces en el abismo; imaginad

un viento desesperado, que bramando amenaza de tragar la tierra, porque tal está un airado corazón cuando sopla el viento de la venganza: tales son los efectos de la cólera, que todo lo confunde, todo lo escurece, todo lo alborota, todo lo despinta; y si los mismos hombres, cuando están embotijados con ella, se viésen en un espejo, no duda Platon, sino que buyeran de sí mismos, teniendo vergüenza y confusión de considerarse. Todo esto vence el que, con pecho valeroso y cristiano, se reporta y se hace señor de sus pasiones. Estas son las hazañas de la clemencia, las proezas de los varones fuertes y valerosos, las hazañas mas memorables que las de Hércules; el que siendo enojado lo mostró, estando airado se fué á la mano, dándole causa no se dejó llevar de la pasión, pudo vengar y no se vengó, teniendo poder y mando no usó dello para este mal fin: este es verdaderamente hijo de Dios. ¿Quién hay que no sea amigo de honra? ¿Y qué mayor honra que ser hijo de Dios? Por esta dilección y amor del enemigo, se promete este parentesco con Dios, que seamos hijos. El rey escribe á un grande: «duque, primo,» y á un título: «marqués, pariente;» pero si no lo son, no les dará ese apellido. Dios sí, cuyo decir es hacer, da con la nombradía la filiación, y hace que seamos hijos por gracia, y danos caridad, que es amor divino y sobrenatural, con que le amemos: eso promete al que ama á los enemigos; y advierte el agudísimo Orígenes, que no solo una vez seremos hijos, sino tantas cuantas amaremos al enemigo, y le hiciéremos buenas obras, seremos engendrados en hijos de Dios. En esto quiso que pareciese la generación de los hijos adoptivos á la del unigénito natural, que así como él es eternamente engendrado, y siempre su padre le está engendrando, y por esto se llama resplandor de la gloria, porque el resplandor siempre se está produciendo y engendrando de la luz, y así el Verbo divino siempre nace, *Deum de deo, lumen de lumine*. A esta traza, con cada beneficio que al enemigo hiciéredes, con cada acto de amor os estará Dios de nuevo engendrando en hijo suyo. ¿Qué mayor premio se puede esperar ni pretender? ¶

#### CAPITULO VII.

Trata Guzmán cómo mudó de parecer de hacerse fraile, y asentó de nuevo con otro amo, y cómo por haber leído libros profanos, y por amores de una farsanta, quiso profesar el arte cómico.

Ya te dije que me hizo mucha fuerza la plática de aquel padre, de manera, que no pudo cólera conmigo; y con el fervor y calor, me fui derecho á casa de mi amo, y en su compañía pedi perdón al que fué mi enemigo, y nos abrazamos y confederamos del todo; y no paró aquí, sino que me resolví de tomar el hábito en aquel convento, y aquel padre me habia ofrecido que me le haria dar. Parecióme que la librea que traía no la habia ganado, por lo poco que habia servido; y así, tomando mi hábito viejo de estudiante, y dejándola á mi amo, me fui al convento, en el cual estuve algunos días, que, por hallarme con suficiencia en materia de gramática y griego, y ver al buen ánimo con que deseaba ser religioso, me trataban muy bien, y se ponía en talle el darme el hábito. Pero como mis cosas eran corrida de caballo francés, y tenia hecho tan pocos actos de vida recogida, fuime refriando, y sentia mas de cada día el perder mi libertad, y enfadóme mucho el encerramiento; no podia sufrir el dejar de hacer mis salidas y los desatinos que acostumbraba: tal era la fuerza de mi mala naturaleza, habituada en todos los años de mi mocedad.

¿Cuán bien se encarece la crianza y educación en los tiernos años! Por cierto en ninguna cosa se habia de tener mas cuenta, porque lo que entonces aprenden, jamás lo dejan. Son los niños como cera blanda, que recibe con facilidad cualquier figura que se le imprime, sin resistir mas á una que á otra; como la mar, cuyas olas, si con un viento se levantan soberbiamente sobre las nubes, en vi-

niendo otro aire manso, se allanan todas como un prado. Son como un campo baldío, que hoy es un erial lleno de cardos, espinas y abrojos, y mañana, echándole la reja de la buena doctrina, como se lleva tras sí el arado todas aquellas malezas, luego da el fruto que le sembráredes, y así es grande el fruto de una niñez bien enseñada, adonde, como en oro de subidos quilates, se labra cualquier figura con mucha facilidad, y después no es menester preciosa por la forma que por la materia; pero si la dejan seguir sus apetitos, no esperen que con facilidad se encamine bien y se corrija de grande. Es cosa certísima, que si vemos en los mayores años cometer los hombres cosas indignas del estado que profesan, y aun de la naturaleza que tienen, no hemos de pensar les viene el mal de ayer acá, que de lejos le traen. ¿Cuánto mejor es que lloren los hijos, que no los padres! Mejor es que se quejen de los azotes dados con mano paternal, que los que les pueden venir por mano de un verdugo; y así ninguna muestra de vicio, cuando la dan los niños en sus principios, se ha de tener por pequeña, dejándoles salir con ella; pues en tal edad todo es mucho, que á veces el río grande se hace de arroyos, y á veces en un manantial delgado tienen principio rios muy hondos y caudalosos. Es tempestad la mocedad, porque en ella sale el hombre florido, todo él verde, no reconociendo razón ni otro dueño que solo el brioso impulso de su moza y reciente naturaleza pasa en aquella edad sus años encomendados á la furiosa tempestad de la vida, sigue sus gustos y la ociosidad, de donde nace en ellos la torpeza, los amores profanos, las inquietudes y riñas, y adquiere para en la edad madura las pasiones del ánimo, las enfermedades del cuerpo, la carga de humores crasos y vanos deseos, la indevoción, los juegos y hurtos, el amor desordenado de las cosas terrenas, el enfadarse de las celestiales, y una habituación perjudicial y contraria á todo bien. Esta es muy difícil de dejar, porque en breve tiempo con dificultad se pasa de un extremo á otro, porque tienen los vicios empapada el alma, y como aceite hirviendo han penetrado los huesos; todas las potencias están inficionadas con la mala costumbre de pecar, y teneis la maldición, como vestidura que os cubre de pies á cabeza, apretada con un cinto de la mala costumbre; y esta es la falta de la conversión tardía, no de parte de la misericordia de Dios, que esa no falta á quien de veras se convierte, sino de parte de la voluntad endurecida. ¶

Pues como yo estaba tan habituado á libertad y vicios, resfriéme en pocos días del buen propósito que habia tenido de recibir el hábito, pesóme de hallarme en el mio de estudiante pobre, y no sabia qué modo de vivir habia de tomar. Volvíome el deseo de ir á Valencia, mayormente que ya estaba la corte de partida; pero no tuve cara para volver á casa de mi amo, que sin duda me hubiera vuelto mi librea; ocupábame mucho la vergüenza de desdecir de tan buen propósito como habia tenido, y no pudiera sufrir que mi amo entendiese que habia mudado tan presto de parecer. Salíme á la plazuela de los Herradores á buscar si por suerte me podia acomodar. Era estraña cosa lo que se procuraban pajes, y lo que se corría el oficio; apenas llegué, cuando fui preguntado si quería asentar por paje; no me hice mucho de rogar, por escapar del convento, y porque deseaba ya verme en hábito bizarro, según me ofrecían. Volvíome mi ventura con otro caballero italiano, llamado don Fernando Espinola: no me pesó dello, porque me habia ido bien con el otro, y sin duda es nación muy generosa y de buen trato. Dióseme librea harta á mi gusto, sombrero negro muy fino, capa y ropilla de raja morada con costosa guarnición, valones de terciopelo fondo raso morado, con fajas de terciopelo negro de flecos, fondo morado y medias de seda morada. No cabia de contento, y parecíame que ya desta vez no habia que temer mudanza de fortuna, pues tan facil-

mente me vi en lo bajo y en lo alto de su rueda, que mas parecia soñado que en realidad. Empecé también á privar con mi amo por el lenguaje italiano que me habia quedado; que quien me oyera no me juzgara por español; que el haber yo estado en Italia de pocos años, y la latinidad que habia aprendido, me hicieron fácil aquella lengua; que es tan allegada y parecida á la latina, como la que en otro tiempo lo fué y es su descendiente. Rastreólo mi amo, de que no habia quien me hiciese dejar de las manos el *Ariosto*, que habia topado en casa; y como un día me viese en él muy embebecido, me dijo: «veni acá, Guzmán, ¿vos entendéis esa lengua?—Pues ¿no, señor? dije, mejor que la castellana»: hizome leer unas cuantas octavas de aquellas del divino Ariosto, para ver si decia verdad, y halló que no diferia mi pronunciación de la suya. Empezó á hablarme en su lengua, y holgóse mucho que le respondiese tan bien y á su gusto. Quiso saber muy por filo toda mi vida en Italia, la cual le conté el mejor método que yo pude, encareciendo buenas fortunas, en que me habia visto, y lo que me favorecia el cardenal, que me amaba como á hijo, y me hizo estudiar latin y griego. Conoció de allí adelante que me tenia mucha voluntad; díjome, que pues era aficionado á lección de humanidad, en su casa tendria lo que podia desear, porque tenia muchos libros della; y en verdad que valia su librería mas de tres mil ducados. Había en ella libros curiosísimos de todas maneras, de polecia, gobierno, moralidad, devoción, poesía, y otros profanos. Di en esto como cedacico nuevo, que me perdia por leer libros de disparates y profanos, que es ordinario y cosa experimentada echar mano el hombre de los libros que hacen á su inclinación; y como los libros de vanidades distraen tanto y hacen tan al gusto de los que son distraídos, fácilmente se abrazan con ellos, y de su elección; y así me iba como por un almiar, bebiendo espíritus de inquietud y mayor distracción. El daño que me causaron, aun en los pocos días que los llevé entre manos, te dirá lo que queda de mi vida, que sin duda perdí mas en estos pocos días que en toda la habituación perversa de la vida pasada.

¶ ¿Cuánto les importaria á los hombres advertir en esto de la elección de libros, que cuanto es loable y provechosa la de los buenos, es dañosa y reprehensible la de los malos, ora sean historiadores, ora poetas! Porque estos autores sospechosos, por decir algunas gracias y agudezas, están sembrados de muchas cosas y palabras dañosas á las buenas costumbres. Afeitan la mentira, y como viene vestida de colores, lleva los ojos tras sí, con que destruye á los lectores. Son los libros malos como mujercillas perdidas; pregonan hermosura fingida, estando de secreto llenas de mil enfermedades; hacen ostentación de vana apariencial con que saltean en poblado, y aun dentro de casa á mediodía, y mas á los de poca edad, en quien por hervir la sangre, prende el fuego tan apriesa, que de puro delicados y fáciles, están tiznados y abrasados, y aun no lo echan de ver. Es muy alabado (y con razón) Augusto César, porque mandó desterrar de Roma al famoso poeta Ovidio, cuando sacó á luz sus tres libros de *Arte amandi*; y si agora hubiera tal censor, ni los semejantes tuvieran ocupadas las emprentas con sus devaneos, ni estuvieran tan llenos los palacios de sus locuras. Digan lo que quisieren, escúsenlo como pudieren, lo que yo sé por experiencia es que el deleite es manjar dulce para los mozos, y puesto en poesía ó buen estilo de hablar, es guisarlos con especias para que se coma mas y sepa mejor. Esto avisa con gran encarecimiento Quintiliano, y manda se quite á los niños en su juventud, porque la experiencia nos enseña cuánta mas fuerza lleva una razón puesta en verso (si es cual debe), que escrita ni dicha en prosa; y quien hace las orejas á esta música y lengua á las palabras de torpes autores, dice san Basilio que abre camino cierto para las obras. ¶

¶ De aquí vino que el gran Platon, en aquella república que ordenaba, mandó que no le admitiesen poetas ni libros que dello tratasen, por estar muy cierto, que pocas veces dejan de urdir malas telas en achaque de ficciones, y de contaminar la juventud con la doctrina que en ellas enseñan. Pero no les faltan sus aficionados y devotos defensores, que por encubrir su lascivo pecho, lo echan por las romerías de Hierusalén, y luego alegan que los tales libros tienen sentencias muy provechosas, y dichos agudamente compuestos, con que se despierta el ingenio de los lectores. A los cuales podemos responder lo que Temistocles al otro que le ofrecía enseñar el arte de memoria, al cual dijo: «mejor fuera el arte de olvidar lo aprendido.» Harto mejor les sería á los hombres el hablar rudamente, que deprender agudezas con tanto perjuicio; que bien se echa de ver que esta cubierta y escusa es capa de pecadores, velo de poca vergüenza y anzuelo con cuyo cebo se pescan muchos livianos. ¿Qué puede aprender (dice el grande Agustino) un muchacho tierno, que ayer vino al mundo, aparejado para imprimirsele cualquier estampa de bien ó mal, si en achaque de enseñarle latin, le ponen en la mano un Terencio, y allí ve pintado como en tabla de pincel, con finos matices y colores, de qué manera se requiere á la otra con palabras, se induce con promesas, se engaña con dones y se enseña con burlas? ¿Cuántos mancebos y doncellas hay como unos ángeles, á cuya region nunca llegó el aire corrupto de la torpeza, hasta que, leyendo un libro, se les alborotó la suavidad del alma? Estaban como los primeros padres en el estado de la inocencia, y en comiendo del manjar vedado, los que no osaban hablar todas veces, ni aun cosas buenas, por el respeto y vergüenza que tenían, en breve tiempo se desenvuelven con lo que han sacado y aprendido de un mal libro. Y dice así muy bien el sutil Agustino: «¿qué puede aprender el mozo en tales escuelas, sino los estupros de Júpiter, las torpezas de Venus, los ensayos de Apolo, los celos de Juno y engaños de Marte? Allí se le encajan las blanduras de la otra mozueta, el estilo con que el otro procedió, la fuerza que hizo y el acometimiento que tuvo, con otras cosas indignas de ser escritas; de manera, que por enseñarle á bien hablar, le enseñan á mal obrar.» Por lo que en mí he visto, te digo que esta manera de libros no sirven en la república, sino de alcahuetes y terceros secretos para enseñar á pecar. No hay libro tan malo (decía san Jerónimo), que no haya quien le lea: no podemos agora llorar eso, sino que los libros perniciosos tienen muchos feligreses, y los buenos, que enseñan la virtud, se quedan en los rincónes. Las cosas que se dicen de suyo son hechizos que encantan el alma, son vino que embriaga el corazón y le saca de seso; y puestas en poesía, dásele un adobo y temple que penetra hasta los huesos. Grande es el daño, grande la perdición, grande la riza que el demonio hace en la juventud, vindimiándolos en majuelo antes que lleguen á mayor edad, por medio de los libros malos, que como langostás, roen las tiernas espinas, antes que granen y vengán á madurez. Con esto sube el demonio cada día su renta; que su ganancia, por este camino de los malos libros, es increíble. ¶

Digote pues que me amanezcan los libros en la mano y me acostaba con ellos, y en esto notarás cómo obraron en mí sus fieros hechizos; que con el gusto de los versos y el de ver recitales en las farsas, á que era muy aficionado, me puse en la cabeza de ser representante: para esto di en frecuentar mas el corral de la Cruz donde representaba Heredia. Parecíame bien la vida libertada y vagabunda desta manera de gente, que hoy están en la corte, mañana en Sevilla y esotro en Toledo, y gozan cada día de ver mundo nuevo, buenos trajes y se gasta sin pensar en el de mañana. Este exterior me satisfacía mucho, aunque después ví cuán amargo es lo que de

fuera parece deleitoso; empecé á tomar amigos de la compañía y quedarme á ver ensayar, y aun me ensayé á decir amores y sollicitallos á una buena oficiala de todo. Como no le vinieron de nuevo; no me desdiseño de manera que tuviese yo de qué desesperar, sino que me trató al principio como á boquirubio, hasta que entendió de mí que de puro rubio era ya blanco como el vino añejo, y que tenía mas de rancio que de verde; pero después sabrás el suceso. Una tarde con dos camaradas mías de buen gusto me iba á ver la farsa, leímos los carteles en una esquina; vimos que en el de la Cruz se representaba la *Ifigenia*, tragedia, y en el del Príncipe una comedia; habia quien quería ver comedia y no tragedia, porque era muy compasivo y lloron; resolvióse de conformidad que fuésemos á lo mas cerca. Llegáramos á esta sazón al monasterio de la Santísima Trinidad, porque habíamos bajado de la calle de las Urosas y subido la de Relatores, y así como á mas cerca nos fuimos al de la Cruz á ver la tragedia; y tanto me enfadé del mal fin y suceso della, que por poco estuve de no tratar de ser farsante; pero la añagaza de mis nuevos amores me volvian con mas violencia que con un trabuco. Poco reparaba yo en la vileza de la profesion, que aun desto no tuve primer movimiento.

¶ No consideraba que aunque la poesia es arte noble, principal y liberal, pero que la accion della en teatro está muy abatida, de tal manera, que hay muchos que no solamente tienen á los que ejercitan esto por infames, pero imaginan que no se les debe dar el santísimo Sacramento; y aun lo oi decir á una persona grave; pero esta persona tenia mejor voluntad que entendimiento, y erró con celo de acertar. Es la verdad; que cierta manera de representantes son viles y bajos y muy infames, es á saber: los que como agora los zarabandistas con movimientos torpes y deshonestos incitaban é incitan á torpeza y deshonestidad, á los cuales los latinos llamaban histrionnes, y de los cuales se dice estar prohibidos de recibir el santísimo Sacramento. Mas los representantes, que los latinos dijeron entonces, como los trágicos y cómicos, no sé yo por qué han de ser tenidos por infames. Pregunto si la medicina es arte aprobada, y si la justicia es tan noble y necesaria, ¿por qué el boticario y alguacil que son ejecutores de la medicina y justicia serán infames? Ni aun el verdugo es infame, por lo que es ejecutar el mandato real. Pues si la poesia, como he dicho, es arte de grande ingenio y obra honrada y útil, ¿por qué el que la pone en ejecución será vil é infame? ¶

¶ Por lo cual algunos definen á la comedia fábula, que enseñando afectos particulares, manifiesta lo útil y dañoso á la vida humana; pero otros dicen mejor, que es poema activo negocioso, cuyo estilo es popular y fin alegre; y á nuestro propósito es mucho mejor la definicion de otros que dicen, que la comedia es imitacion activa hecha para limpiar el ánimo de las pasiones por medio del deleite de la risa; y aunque todas tienen un fin, que es enseñanza, entretenimiento y deleite; pero hay muchas diferencias entre la comedia y tragedia, las cuales señala la última definicion, donde se dice que es imitacion activa. Se diferencia por activa del poema épico y ditirámico, y por medio del deleite y risa se distingue y diferencia de la épica y de la tragedia. Difieren mas: que la tragedia ha de tener graves personas, y la comedia comunes; en la tragedia temores llenos de peligros, en la comedia no; la tragedia tristes y lamentables fines; al revés de la comedia, que los ha de tener alegres y venturosos; la tragedia buenos principios y quietos, y fines desastrados, la comedia al contrario; en la tragedia se enseña la vida que se debe huir, y en la comedia regularmente la que se debe seguir é imitar; la tragedia se funda en la historia, y la comedia es fabulosa; la tragedia pide alto estilo, y la comedia bajo; y aunque muchas veces se halla diversidad en lo que tengo dicho, y en al-

gunas comedias finas y puras que no sean tragi-comedias se hallan temores, llantos, desastres y muertes, pero todo va dirigido al pasatiempo y risa, y el que no se rie desto merece que se rian dél. ¿Qué cosa mas de reir, que ver á un mozo verde y loco desollado de una ramera, lamentarse que le han chupado su hacienda y salud? Y ¿qué cosa mas digna de risa, que ver otro tonto enamorado llorar la ausencia de su dama, y á la dama llorar de celos de su amante, los enredos de una alcahueta, los del rufián; un siervo malicioso, lleno de temor y miedo que le han de apalear por alguna bellaquería que hizo; un enamorado suspirando en la calle en noche de enero entre sábanas de nieve, por la que está durmiendo á buen sueño entre las de Holanda, y si se despierta se rie y burla dél; y aun que las muertes trágicas, mas las de la comedia, si algunas hay, son de gusto y pasatiempo, porque son de personas que sobran en el mundo, como es una vieja cizañera, un viejo avaro, un rufián, un bandolero, un traidor ó una alcahueta? De todo lo cual se sacan muchos documentos que se imprimen en el alma con grande fuerza y afecto, así por la materia como por la traza de la tragedia y comedia, que al principio entran lentamente y suspendiendo los ánimos, y luego se van perturbando y marañando poco á poco: crece mas la perturbacion hasta la parte que se dice catástrofe y soltura en el ajuamiento y perturbacion, de la cual fábula está la suspension, y en la soltura lo alegre y satisfactorio del entendimiento; y en esto se distinguen bien y esencialmente la tragedia y comedia porque en la tragedia va creciendo la perturbacion temerosa, y en la comedia la perturbacion llena de gusto y risa en los oyentes; y como he dicho, si la materia y conceptos no son torpes, sino cual es razon á la policia moral, no hay duda sino que las farsas son provechosas. ¶

## CAPITULO VIII.

En que prosigue Guzmán su designio, asienta en la compañía de Heredia, y cuenta lo que le sucedió camino de Valencia.

Muy poco reparaba yo en el provecho universal ni particular; que quien de sí mismo disponia tan mal, cierto es que no miraria por el bien comun; pero hete dicho lo que hay en la práctica de la representacion, y si se usase con el modo debido, que en el modo y la materia está el bien ó mal, que aunque á veces por ir á caza de cosas gratiosas se mezclan palabras y refieren cosas que tienen alguna oscuridad; pero esto no quita el pasto y materia de toda la farsa, que siendo buena y de enseñanza, por los buenos ejemplos será provechosa. Y es de gusto, porque hay mucho del ridiculo, que es lo mas que se ha de procurar en las farsas, porque lo tienen casi por fin y objeto; y pues hablo desto, no dejaré de decirte un dicho que me provocó á risa cuando me lo contaron. Un buen hombre, cuya mujer mandaba á mas de á medias en casa, estando unos médicos en conversacion, escuchó una disputa sobre por qué causa naturaleza criaba leche en los pechos de algunos hombres; porque habiendo respondido uno dellos que la naturaleza no hacia cosa en balde, y que sin duda criaba leche en los pechos de los hombres para algun fin, y á su parecer era para que el hombre á una necesidad pudiera sustentar los hijos con su leche. Oyéndole nuestro buen hombre dijo desta manera: «señores, por amor de Dios os ruego habléis paso, que si las mujeres alcanzan á saber esto, nos harán criar nuestros hijos siempre, y alguna vez los ajenos.»

¶ De muchas maneras se procura la risa en las comedias. En cuanto á las obras y en cuanto á las palabras es de advertir que mas son urbanas y discretas, que sin perjuicio notable de nadie dan materia de risa, y esta especie es tal, que puede parecer delante de reyes y príncipes; las demás que nacen de la dicacidad, murmuracion, fealdad y torpeza de palabras son malas, y así se ha de guardar el cómico dellas, porque los reyes, príncipes y

grandes aborrecen naturalmente toda fealdad. Lo del simple, que usan en España, es bueno sin perjuicio, porque causa risa, empezando muchas sentencias y acabando ninguna, haciendo mil precisiones muy gratiosas, y es un personaje que suele deleitar mas al vulgo que cuantos salen á las comedias; en razon de que en él cabe ignorancia y malicia, y lascivia rústica y grosera, que son tres especies ridiculas, y por le estar bien toda fealdad (digo en cuanto es provocativa de risa), es la persona mas apta para la comedia, y en esta invencion se han aventajado los españoles á griegos y latinos que usaron de siervos en sus comedias para en fin de la risa, á los cuales faltaban algunas especies de lo ridiculo; porque no tenían mas que dicacidad ó lascivia, ó cuando mucho las dos cosas, y carecian de la ficcion de ignorancia simple, la cual es ahora grande de la risa. ¶

Acabada la tragedia deshiceme de mis amigos, y entréme al vistuario, como solia, por ver á mi señora Isabela; ofrecimonos mares y montes, y quedé persuadido de asentar la plaza y seguir la compañía, que se partia luego á Valencia por la misma ocasion de las fiestas que se esperaban. Fuime con los de la compañía á la posada; tenían la huéspeda enferma, y sucedióme un lindo cuento; que, subiéndola todos á ver, hallamos que habian traído el día antes el médico á grande priesa, porque siendo el sexto día de la enfermedad le habia dado un frio sin ocasion alguna, y poco después comenzó á desvariar y delirar con mil modos de locuras y desvarios muy donosos. El médico, turbado, hizola rapar la cabeza, ponerla defensivos, echar ventosas, las cuales no se dejó ella sajar, diciendo muchas gracias desvariadas, que provocaban á risa y al médico á mas turbacion; el cual decia que si él tuviera la contra-yerba ó la piedra besabar, ó una conserva de jacinto que se hacia en la corte, él la daria sana; pero que así estaba puesta en grande peligro, y que Dios, que le hizo de nada, la podía dar vida; y por abreviar la dejó en estado tal á su parecer, que á la mañana no la visitó teniéndola por muerta, sino que envió un criado á que oliese lo que pasaba, y sabido que no estaba la puerta barrida, fuéla á visitar. Halló por relacion que le habia venido un sudor copioso, y visto que estaba libre de calentura, dijo volviéndose acia mí: «mejor está algo, pero verdaderamente estos males son traidores, y que no hay que fiar, y tengo miedo que al catorceno no llegue la ejecucion de la amenaza que nos dió el día de ayer.»

Reime mucho, porque entendí el engaño del médico, y por experiencia de otra semejante enfermedad sabia lo que pasaba, y dijele: «señor doctor, yo no sé medicina, pero la señora huéspeda está ya tan sana como yo; que un entendimiento alcanza todo lo que está puesto en razon; aquel frio y el delirar suele venir naturalmente á los que tienen esta enfermedad que la huéspeda tiene, y á esto suele seguir un sudor, y quedar repentinamente sin enfermedad; y así el frio y desvario vinieron como mensajeros del sudor y de la salud, y no era menester rapar la cabeza, ponerla defensivos, y echarla ventosas.» Como de allí adelante la huéspeda quedó muy sana y sin peligro, cobré grande opinion en la compañía de hombre que en toda cosa daba buen parecer, y que podría darle también en cosas de la farsa, y aprovecharia con algunas invenciones. Con el gusto presente de mi ninfa no hice buena liberacion en lo de la librea, que habia bien poco que me envasé en ella; y aunque conocia que era mucha razon que la volviera á mi amo, pues no queria pasar adelante en el servicio, pero acordábame que habia de volver á mis trapos viejos de sacristán de aldeas, que aunque no representara mal con ellos la comedia del *Dómine Lucas*, pero si la del *Caballero Sastre*, y era dar al través con mis nuevos pensamientos de Isabela, y no hubiera en la compañía hombre que me quisiera ver, con haberme todos salido al camino de muy buena gana en este otro hábito;

que esa diferencia hay en los hombres, que unos valen por sí solos, otros por lo que tienen, otros por lo que parecen, y siendo yo de los postreros, si me quitaba la apariencia, era hacerme descarte de Juan Nemo.

Acordé conmigo de no acordarme de mi amo, y seguir mi pensamiento y el camino de Valencia con Heredia. Empezáronme á dar papeles de poco trabajo al principio, para que me fuese ejercitando; probaba en esto maravillosamente, como si no naciera para otra cosa: sin duda tenía partes grandes para el ejercicio cómico; porque vergüenza había años que no habitaba en mí; era espeditísimo en el hablar, no mal talle ni donaire, memoria prodigiosa. Por momentos me iban dando otros papeles de mayor primor, de quien colgaba todo el peso y llave de la farsa; pero en Madrid no osé salir al teatro, porque mi amo no me hiciese salir de la librea. Camino de Valencia tuve muchos lances con mi Isabela, que íbamos todos en un carro y de un acuerdo. Aficionéme tanto que sin rienda ni tino me dejé llevar de mi locura; mas era en tal grado tirana, que jamás se ahorró con su padre. Muchos había ya dejado sin pluma, y con ser yo tan desnudo dellas, que con tenazas no me pudieran sacar una, le bastó el ánimo para saçar de mí como de un perulero: no llegaba real á mi poder que no le sacrificase á sus aras. Creo que no ha habido mujer mas hábil en atraer de cuantas han seguido la corte. El término era tal que sacara dinero de un bronce, y del que fuera mas ávaro que Vespasiano ó Cornelio Rufo. Esta fué toda mi destrucción, esta mi calamidad y trabajo, como verás por el suceso de mi historia. Por contentarla hubiera yo quitado la clava á Hércules, y saqueado como inglés las cosas sagradas, segun estaba de rematado y perdido, y no reparaba ella de dónde salía; que el mismo estómago le hiciera, aunque supiera que era hurtado. Mas mi desventura era tal, que tocando cada día con mis manos esta perdición, no tenía habilidad para remediarla; conociendo que iba errado no volví al camino; mi ceguera no me dejaba advertir la vida rota de la que yo quería, que vivía matándome, comía á costa de mi hambre, y vestía desnudándome y aun desollándome: eran sus gustos casi increíbles, porque quería galas de excesivo precio, y no tenía modo ni límite; en viendo otra invención ó color, luego pedía otro vestido, y yo lo había de buscar, ó no volver á sus ojos; pues estaba yo tal que sus pensamientos y antojos me eran mandatos espresos, y por esta causa verás después cómo me atrevía á cosas bien escusadas, y que no tenían excusa por estar yo enamorado; que aunque ninguno haya mas ciego ni mas tonta-paredes que el que tiene esta pasión, pero los yerros que se perdonan por amores son en ellos mismos, y no se permite que el enamorado se valga de hacienda ajena contra voluntad de su dueño.

En el camino ya empecé á mostrar mis tretas antiguas: pusimonos en Minaya á jugar; tenía aparejados mis naipes floreados, y acerté á dar con quien pudiera inventar todos los floreos, y no ignoraba los inventados, que después supe que era el mayor fullero que empuñó los cuarenta sin ochos y nueves; por la misma treta que yo le armaba, alzaba el naipe, de manera, que se tomaba lo que yo había puesto para mí; continué el juego pensando que acaso y sin malicia me alzaba, y vine á perder tras las blanquillas que tenía, el calzon de fondo raso morado, y hube de ponerme un usado de rajuela que me prestó un amigo: tuve gran pesadumbre con Isabela, que fingió sentir mucho mi pérdida. Llegamos á Valencia, donde en pocas palabras no te podré decir lo que vi y me sucedió; porque es una ciudad no conocida con ser muy nombrada. Es sin duda paraíso terrestre, es el mas apacible cielo y sitio que inventó naturaleza; en ningun lugar se hallan juntas tantas maravillas; ni le faltan bellas arboledas, amenos jardines de frutas y frutos, infinidad de varias

especies, ni costa de mar amenísima con variedad de pescados, ni en suma, ninguna de cuantas cosas hacen una ciudad regalada y felicísima. En sola una cosa la vi semejante á las demás tierras que había andado; que también se guardaba la verdad de manera, que raras veces se descuidaban que se escapase de la boca. En esto me parece que todo el mundo es uno, y que nadie quiere creer al tercer criado de Darío, que probó que la verdad era la cosa mas fuerte del mundo, dejando á una parte las opiniones de los otros, que decían que el vino, el rey y la mujer eran mas fuertes. Allí me acabé de desengañar en esto, y engañar en todo, pues dí al través conmigo. ¡Válame Dios, qué perseguida anda la verdad en esta era, siendo la cosa mas preciosa del mundo! No se puede dejar de llorar el odio que le tienen los mortales, y el aborrecimiento á cosa tan perfecta. Ella es un sol claro de la tierra que descubre lo escondido, aclara lo oscuro, distingue los colores, hace visibles los cuerpos, y muestra lo real en todas las figuras; pero el que hace mal no quiere tanta luz, reniega de la verdad, porque contradice á sus tinieblas; mas digan lo que quisieren contra la verdad; que no puede ser vencida, porque es un clarísimo sol, y aunque la rodees con tus engaños de nubes oscuras, en un momento las consume por la fuerza de su calor, poniendo en la plaza su mentira. Es, como dijo Fabio Máximo, una hacha que con ningunos vientos se apaga, con ningun aire muere, aunque mas sople el cierzo de la contradicción, por lo cual la llamó muy bien aquel poeta griego, hija del tiempo; y aunque á las veces, como viejo, tarda mas de lo que se querría, pero al fin tras esos pasos tan medidos y pausados, cuando menos se catan los que desean, la ven llegar en su socorro. Pocos tutores ha menester, que ella vuelve por su justicia, y aunque en la mar de la mentira la salteen los cosarios de la traición, engaño, maldad y alevosía, no la rendirán. No da salario la verdad á los letrados del mundo; no echecha los jueces y escribanos, donde se litiga de su derecho, no tuerce con dinero las palabras de los testigos, porque ella por sí sola se defiende: créeme, que si yo la amara, como me parecían buenos sus efectos, que no me hubieran seguido tantos azares. Y vi en mil ocasiones á los secuaces suyos muy validos y medrados, y sin duda nos había de atraer su hermosura, que es tanta que no admite aguas ni afeites con que dar colores falsos á lo que trata; y su fuerza es tan invencible, que adonde parece que vencida espira, allí resucita mas valerosa. Trae la mentira una máscara exterior de buen parecer y buena tez, pero debajo hay mucha pez; mas la verdad no muda trajes ni visajes, siempre anda de un color, siempre de un aire y temple, hácese á cualquier injuria de los elementos, y como sabe que presto se pasa la borrasca, no desespera en medio de la tempestad.

Grandé trabajo es el del mentiroso; pues todos le silban y huyen dél como de perro con maza; que la mentira es como la traición, que gustan della pero se le haga duro; pero al día de hoy con la verdad todos se atufan, luego lo echan por alto, y por no oír lo que les conviene, dicen que se les pierde el respecto: ponerles una verdad en los oídos es darles pimienta á las narices, que al punto estornudan, y saltan contra el autor. Tres madres hay, dice Casaneo, todas tres muy buenas, y con ser tales engendran hijos perversos. De la paz nace el odio, mala bestia; de la mucha amistad el menosprecio; de la verdad el aborrecimiento; y por mas que se le haga duro á Tulio, es muy llano, que no hay amistad tan unida que no la aloje una verdad dicha contra el gusto de un amigo, que así dijo el cómico: *Obsequium amicis, veritas odium parit*: que es el refrán nuestro castellano, mal me quieren mis comadres, porque digo las verdades. Monstruosa cosa es cuán desvalida, cuán quebrada, cuán desterrada anda la verdad de su casa propia, que es el pecho del

hombre, y cuán recibida, estimada y acreditada está la mentira, sabiendo todos la diferencia que hay. El hijo de Dios dijo: *ego sum veritas*. Mira la gran hidalguía de la verdad y su antiquísima nobleza. ¡Oh verdad generosísima, de ilustrísima carta; oh verdad bellísima, hermosísima; oh verdad provechosisima; oh verdad, hija de Dios, esposa de Cristo, dama por quien él puso su vida, cuán enemigo de sí mismo es quien no te precia! ¶

¶ Mas ¿dónde se halla hoy la verdad en la vida humana? ¿Quién la dice? ¿quién la oye? Mentiras son las que navegan y se despachan, y fruncimientos de corazón doblado. El criado á su señor no habla sino lisonjas, el señor al criado cumplimientos secos, la mujer con su marido embaimientos, el marido á la mujer engaños; mienten y perjuran los que venden, mienten y engañan los que compran, no hay seguridad de verdad en los contratos, ni hombre que sea de su palabra; los deudores trampean, los litigantes prueban la falsedad como quieren, los abogados la defienden, los escribanos la autorizan. Pregunto yo al receptor y al escribano: si es oficial público, ¿en qué se diferencia del procurador, solicitador y abogado, sino en que estos hacen cada uno lo mejor que pueden los negocios de su parte; pero el escribano ha de estar de por medio, ambos le pagan lo justo y aun lo sobrado, no debe inclinarse mas á uno que á otro? ¿Con qué conciencia, alma y justicia tomas (del modo que lo usas) ese testigo, ni preguntando, ni escribiendo lo que de oficio eres obligado, sino lo que ha menester quien te tiene cohechado. (Yo no hablo aquí de los buenos, que no dejarán de hallarse algunos en tanto número.) ¿A quién no para perjuicio lo que se dice con intención de públicamente decir mal, de lo que públicamente hacen mal algunos perdidos? ¶

¶ Cuatro sectas de filósofos se hallan hoy en las escuelas, que les llaman reales, nominales, tomistas y escotistas; y todas estas sectas hallo yo en los escribanos de esas plazas. Reales son aquellos que realmente viven de viva el rey, dad acá la capa. Cierto yo no sé de qué sirven, ni para qué son en la república escribanos reales, sino para buscar reales y capear en medio de la plaza; y en las comisiones á que los envían, viven de sola su pluma, bien ó mal, ó como quiera: de ahí ha de sacar la ropa y la comida, ó diciendo verdad ó mentira; poco importa el cómo, mientras haya que echar en la bolsa. ¿Eso es que son ellos pocos ó escogidos? Son mas que langosta, hombres que han sido lacayos y dispenseros y aun mozos de cocina (si á Dios place), que para echarles de casa sus amos les pagan con ello. A estos les dan las comisiones que ó no saben hacer la probanza, y gastan acá mas tiempo en entenderla que en estudiar para sentenciarla, ó hacen un desórden y se desaparecen, y luego buscados; Mahoma en Granada. El que le proveyó no le conoce, quien lo pidió no se lo dice, ni le está bien, ó si va á hacer una informacion sumaria, la hace la mas sangrienta que puede para que vaya el juez y él vuelva con él; y aunque escribió lo que quiso y lo que el testigo no dijo, le hacen que se ratifique en ello so pena de miedo; porque va un juez que hace temblar la tierra, que por acá parecen mansos como toros en vacada: todo es reverencias; pero cuando se ven por allá un pesquisador, es un toro en el coso, que no hay quien le pare delante, y por miedo de su furia dice el otro lo que no sabe. Baste esto agora, y de los demás géneros de escribanos te diré cuando me veas en sus manos, que será presto. ¶

Vuelvo á mis sucesos de Valencia, que como es tan regalada, hay en ella mucha gente vagabunda y viciosa; que cuando yo fuera muy reformado me hubieran sacado de quicios; pero no había menester jabonete para deslizarse, que yo los tenía para hacer bambalear á los que me tratasen. Los negros amores de Isabela me traían tan loco y fuera de mí con su importuna petición sin modo ni término, que me había de desvelar de noche cómo podía su-

plir sus voluntarias necesidades, antojos y devaneos; créeme, sin que lo jure, que pueden tanto las mujeres sobre nosotros, que por ellas idolatramos como Salomon; pues nos proponemos el idolo del vicio, y son en sus antojos tan singulares, que no hay quien las entienda, ni quien pueda seguirles el vuelo; y ¿qué harán las mujeres de tal vida, si aun entre los casados, el marido que ha de hacer todo lo que quiere su mujer, no ha de hacer nada de lo que él quiere? Porque cualquier mujer quiere hablar y que todos callen, mandar y no ser mandada, libertad y que todos sean cautivos, regir y no ser regida; una sola cosa quieren comun, que es ver y ser vistas; mas ningun hombre sufre tanto á su mujer, que no sea obligado á sufrille mas, considerando al fin el hombre, que es hombre y la mujer mujer. Atrevida es la que se toma con su marido, y mas loco es el marido que se toma pendencies públicas con su mujer; porque si es buena, la ha de favorecer porque sea mejor, y si es mala la ha de sufrir porque no se torne peor; y no dudes que todas las cosas sufren castigo, sino la mujer, que quiere ruego: el corazón del hombre es muy generoso y el de la mujer muy delicado; quieren por poco bien mucho premio, y por mucho mal ningun castigo; son sus devaneos y deseos imposibles, con que traen á los hombres desvanecidos. Y si esto es aun entre casados, ¿qué será en la pura libertad, y en las que viven como aves de rapiña, como la que me tostaba los hígados? Teníame tan trastornado el juicio, que por contentalla y dalla lo que quería, hice cosas que te darán que ver y maravillar.

## CAPITULO IX.

En que cuenta Guzmán los celos que tuvo de Isabela, y lo que pasó con un mal poeta, y cómo se atrevió á capear por acudir á las locuras de su ninfa.

Cuatro dias había que estábamos en Valencia, y solo habíamos representado una vez. Andaban algunos galanetes perdidos para jugarme la pieza; ella era tan redomada, que ni yo podía estar seguro ni confiado, y así por mi desgracia estaba celoso, que no hay amor sin celos, hijos perversos, vibreznos, de quien pudiera decir muchas maravillas: son hijos de padre, que es hijo de muchos, porque Cupido es hijo del can y de la tierra, del cielo y Venus, del éter y de la noche, de Venus y Vulcano, y de Lite y Céfitro, que no es posible ser hijo de un solo padre, quien es de tan varias condiciones, efectos y costumbres. Pues ¿qué serán los nietos de tales padres? Son en cifra el mismo infierno, son flechas enherboladas, veneno de basilisco, es un tormento de Falaris, que en él muere quien le inventa; una rabiosa pasión que no la alcanza ni rastrea sino quien la padece; y con todo, son un peligro que el hombre le procura, sabiendo que le ha de matar, un vestido apretado del confuso temor, un enemigo encastillado en el alma, un verdugo continuo de la memoria, un traidor á quien damos puerta franca, y le apercebimos la garganta; y al fin, el mayor mal de todos los males, y el que priva del mayor bien de todos los bienes. Y ¿quién podía con mas razon padecer esto que yo, que sabia la calidad de mi Lucrecia, y cuán pocas amenazas de ponelle negros en la cama eran menester para rendilla? Tenía por mas que cierto mi recelo, como quien entendía cuán flacos eran los cimientos de la fortaleza, y cuán porfiados eran los Tarquinos, que habían procurado su hospedaje. Sabía yo que no reparaba en cualquier dinero que ella pidiese; ella en nada, con tal que viese metales blanco y amarillo para sus galas y locuras; que aunque yo le acudia con cuanto quería, era su sed rabiosa bastante á secar el mar del Sur, el mayor, y Mediterráneo, y agotar el golfo de las Yeguas; y con estos pensamientos traía alambicado el seso, y no para perdelle porque le tenía rematado. Toméla á una parte, y dijela, que no me hiciese pesar en andar á gusto de nadie; pues

le daría cuanto me pidiese; y pues hasta entonces no le había negado nada, que confiase que su boca era medida, sin pensar que el dinero ajeno le sería de mas contento. Hizose muy brava, y echólo por via de enojo, señalando que estaba muy enfadada de mi poca confianza, y á pique de dejar amistad de quien no merecía la suya. Hube de encogerme, porque me tenía el corazón en el puño, y apercibir esfuerzo para los encuentros que esperaba. Halléme obligado, fuera de mi recelo mortal, á procurar golpe de moneda para alegralla, y quien había hasta entonces procurádole con fullerías, que era hurto manifiesto, ya no reparaba en cogelle por cualquier camino, aunque fuese de robar y capear.

Quando considero á lo que me atreví y abalancé, y que la causa fué esta mujer, veo que estaba de atar, y que en mi discurso no ataba manga con hombro; mas ¿qué no hará una mujer y un amor desenfrenado? Que no hay vino tan fuerte que así prive del sentido al hombre flaco de cabeza, como el encanto y palabras dulces de una mujer entorpecen el sentido de quien las escucha, y ciegan aun los ojos corporales, porque de muy poco fruto son los ojos del cuerpo, cuando faltan los del seso y juicio. Porque el que está con este frenesí azotado por Dios, enfrascado con el regalo de su carne, no topa salida, todas se le hacen paredes de piedra dura, en todo halla dificultad; y como no se anima para cosa, todo se le vuelve en noche cual su deseo; y así da en tales disparates, que muestran bien su ceguera. Al segundo día de farsa ya andaban los galanes mas solícitos, y mi enemiga menos desdenosa; que con los ojos llamaba aun los descuidados. Era carta vieja: había ya pisado otra vez, y aun muchas, el teatro de Valencia, y sabía la calle de la Mar, plaza de la Olivera, el Grau y sus Barracas, y el Regañon de la plaza de la Morera, tenía conocimientos antiguos que no tenían reparo, y yo, como bobo, pensaba conservar enjuta mi barca, y que no habría menester bomba para echar el agua que haría en tan espumosas olas. De la muy cerrada, si hay ocasiones, se puede tener poca confianza, y yo la ponía en la que pudiera darme liciones de trampantojos, y había corrido las escuelas de vivir á su gusto, y cuando menos en la farsa, que es el remate de otra vida, no menos ancha.

Acabada la farsa, salimos á nuestra posada, que teníamos en la misma plaza de la Olivera, y ya nos esperaban á la puerta della unos cuantos garzones; entráronse con nosotros: á la conversacion hube de ensanchar el corazón y soltalle las alhorzas, porque cupiesen estas pesadumbres, y aun hacelle de las tripas. Supe la condicion de esta gente, que en enfadándose no queda á vida representante, y han enviado muchos razonablemente acuchillados: apercibí mi paciencia, y aun me fui aconortando de mal tan cierto. Trabóse brava conversacion, muchos ofrecimientos de paseo, y atajóla un gentil extremés de un señor poeta que, con una capa larga de bayeta, como portugués, preguntaba por el autor. Conociéronle los que allí estaban, y como le sabían el humor, sospecharon que traeria alguna maldita farsa, como era verdad. Advirtieron al autor que no dejase de vella, porque le mataría de risa, y la hiciese leer ante todos. Salíó Heredia, y díjole: «¿pues qué nos manda vuesa merced en su servicio? Yo soy el autor, y si vuesa merced nos trae algo de poesia, que ya sabemos que es famoso poeta, nos hará mucha merced, porque hay falta de farsas que sean buenas, y señaladamente para un lugar de tales gustos como Valencia, que hace temblar á cualquier autor.» Hizose el buen hombre muy alegre con tal acogimiento, y dijo: «no repare vuestra merced en comedias, que le proveeré de todas las que hubiere menester; que dos tengo empezadas, y esta que aqui traigo, que solo el nombre della dirá quién es.—¿Cómo la intitula vuesa merced, dijo Heredia, que mucho importa el buen título?—Muchos nombres, dijo el poeta,

se le pueden dar, pero me parece que le cuadra mucho *El Cautivo engañoso*.—Bonísimo, le dijo Heredia, vuesa merced nos haga merced de leella, que aquí está el señor Guzmán, que es hombre de buen gusto, y le cometo el ver este negocio, y estaré á lo que dijere, y creo será estremada, por ser de su mano de vuesa merced.—¿Cómo buena? dijo el poeta; ella lo dirá, que no pensaba dalla á ningun autor sino á Porrás, que me tiene ofrecidos mil reales por cada farsa.—Léala vuesa merced, dijo Heredia, que siendo lo que pensamos, no llorará vuestra merced á Porrás. » Sacó su envoltorio el triste poeta, queno debiera, y empezó con unos versos que no les debió de sacar de botica de sedas, segun les hubo tan mal medidos, y con todo, á cada redondilla levantaba los ojos y miraba á todos los oyentes, como si fuera un concepto milagroso; todos estábamos perdidos de risa, y no había orden de disimullala, hasta que él lo echó de ver, y muy corrido, dijo: «yo creo que vuestas mercedes tienen hecho el estómago al verso de Lope de Vega, y no les parece nada bueno.»

Disimulamos cuanto pudimos, diciendo que se engañaba, porque no se habían reido de los versos, sino de un cuento que se le había acordado á Isabela, con que ella nos había provocado á todos. Admitió el descargo, y pasó adelante diciendo: «pues esperen vuestas mercedes, verán una jornada pastoril á la morisca de allá de Africa, que es una maravilla; porque los poetas aun no habían advertido que entre los moros hay pastores, y es invencion nueva.» Pues dijimosle: «¿cómo se habrán de vestir esos pastores, que los pellicos que usamos en España no les podrán convenir, porque no sería nueva la invencion? Quedóse un poco turbado, y dijo: «que bien nos podríamos informar en Valencia de muchos que han estado cautivos en Argel, qué vestido usan por allá la gente serrana y pastoril.—Bien, muy buen pensamiento, le dijimos; lea vuestra merced la jornada.» Entróse por ella como por viña vindimiada, porque la sabía de coro; pero teníamos á dedo de reventar de risa. Uno de los caballeros hijos de vecino, que venian al olor de mi probática, disparó en una risa que no la pudo sostener; y como no era menester brindarnos, salimos todos al paraje, que nuestro poeta se había hecho un matachin. Envolvió sus papeles y metiólos en las calzas, haciendo grande queja de la burla, y diciendo que no sabíamos qué eran farsas y versos. Colóse la escalera abajo y dejónos que reir para todo el año. Era cerca de entre dos luces, los galanes se fueron á mudar, segun dijeron, vestidos de noche, con intento de volver á la misma plaza, y yo moria por dalles mucha pesadumbre y aun quitalles las capas, porque ya había concertado con dos hijos de vecino, de los que allí dicen del carro, que aquella noche habíamos de hacer algun lance, capeando ó robando. No era yo de tan perversas entrañas que arrostrase á ello de buena gana; pero el deseo de acudir á mi desollada con lo ordinario y extraordinario me sacaba de temple; para esto solamente lo daba por bueno y lo aprobaba en aquella ocasion; pero acá dentro me quedaba grande contradiccion de mi conciencia; que á cosas tan desalmadas contradecía la razon, viendo que me abalanzaba tan sin ella, ó por mejor decir, el sindéresis interior hacia su oficio, advirtiendo la mala eleccion que yo hacia. Bien lo echaba yo de ver; pero era llevado como de los cabellos por satisfacer el objeto presente. No debes pensar que el pecado se puede apetecer de suyo, que es tan feo, que nadie aprobándole le comete; sino que el entendimiento al tiempo del elegir, le elige como bien apetecible, mas no como bien verdadero, y en esto hay gran contienda interior, porque aun después de aproballe como bien apetecible, aunque engañoso, le reprueba mil veces como conociadamente malo.

¶ Para que se entienda esto mejor, debes notar que Dios nuestro Señor, para que la policia y gobierno del hombre fuese como debe, tuvo cuidado de proveelle de un mo-

marca que le gobernase; esto es lo que los teólogos llaman sindéresis, que es un hábito, adonde están todos los principios morales, y es un seminario de todas las virtudes; porque como es una raíz y principio dellas, es una luz que jamás se apaga, y nos encamina al bien y aparta del mal. El acto del sindéresis le llaman también los teólogos conciencia; y así que, algunas veces toman lo uno por lo otro, como quiera que sean diferentes, porque la conciencia es acto, y el sindéresis acto que aplica el juicio universal al acto particular que se ha de hacer. El sindéresis nunca yerra, y siempre tiene los ojos abiertos, y así no le pueden asentar el dado. Pero la conciencia, aunque del sindéresis, sale purísima y clara; mas pasando por otros arcauces de la razon inferior, antes de llegar al acto particular, algunas veces se enturbia y yerra. Esta inclinacion y hábito entrañó Dios en los hombres tan fuertemente, que, aun en los infieles que están entre tantas tinieblas, obra en lo que no es fe, porque les inclina al bien moral, y les murmura el mal; y lo que es de maravillar, aun en los demonios y condenados del infierno obra, contradiciendo y murmurando de lo perverso que hacen, aunque la voluntad rebelde y ya determinada en lo malo resiste. Este sindéresis de la conciencia es llamado monarca; porque en el gobierno del hombre, sobre todo, tiene el supremo imperio; porque, como dice santo Tomás, es sobre el entendimiento y voluntad; allí está el tribunal de la justicia, adonde se conocen y rematan las causas. Es el sindéresis un criado que dice la verdad á su señor, aunque los demás le lisonjeen; es un fiscal que nos corrige y avisa ordinariamente, y gruñe á todo lo malo, reprehende nuestros apetitos desordenados y malos deseos, y fiscaldea nuestras malas inclinaciones. Este, como aquel que nunca se aparta de nosotros, y nos va siempre al lado, sabe nuestros secretos y mañas, tócanos donde nos duele para curarnos. Ves aquí por qué causa emprendia yo los malos hechos con tanta contradiccion de mi conciencia. No se puede encarecer la guerra que hace; porque, como pesquisidor de Dios, entrañado en la substancia de nuestra alma, grita importunamente, avisa y prende, y pide rigurosamente las injurias hechas á Dios nuestro Señor; turba el pecador, y le sobresalta la razon de su gozo, al punto que quiere hacer presa del deleite, y mal logra sus gustos.

Bien he conocido después cuán engañado andaba; mas parece que me había sorbido el juicio, pues me determiné y puse la mano á tales cosas. Salí pues, y con los camaradas que acudieron puntualmente al puesto, me fui á la plaza de Predicadores, porque me dijeron que en aquella ocasion que había bandera arbolada en la plaza de la Olivera, no se podía emprender en ella lo del capear, ni era bien acometer á los que hacían el amor á Isabela; porque andaban en cuadrilla; y eran muy validos y de muchos amigos. Eran ya las diez de la noche, y empezamos á poner manos á labor; teníamos tomadas las esquinas de la calle de la Nave; acometiámos al que pasaba solo y descuidado, y con todo, hubo algunos que se pusieron en resistencia, y se ganaban camino franco á fuerza de buen corazón. Con estos se reñia poco, porque no queríamos aventurar tanto caudal; uno hubo que se desenvolvió con un estoque largo, un palmo mas de marca, que fué maravilla que no me puso uñas arriba, porque me alcanzó por el lado derecho una estocada que travésó ropilla y jubon, y pasó de la otra parte por el mismo lado, que, si me cogiera de lleno, me deja á buenas noches. Sacóse muy poca ganancia, porque solo se cogieron dos capas, que no valían lo que habíamos cenado y sudado. Mudamos puesto, porque los que habían huido recelábamos que buscarian compañía para volver, y con la detencion corrimos peligro no viniése la justicia. El uno dellos se entregó del despojo para vendelle, y volvíme á la posada á mas de la una de la noche, molido y enfadado. Era al otro día la entrada

felicitísima del rey nuestro señor y de su dichosísima consorte; y aunque no habíamos de representar, solo estuve en la cama hasta las siete de la mañana; porque era bien ir temprano á tomar buen puesto, para ver tan insigne entrada, y el grande aparato que había; que no es razon se pase por alto, y le quiero referir con la brevedad posible.

## CAPITULO X.

En que Guzmán refiere la entrada de la reina nuestra señora en la ciudad de Valencia, y fiestas que se hicieron.

Salíme al portal de los Serranos, por donde había de ser la felicísima entrada de su Majestad de la reina nuestra señora; hallé muchísima gente, que ocupaban sus puestos para ver la fiesta. Cúpome al lado quien refirió muy bien lo que parecía la entrada, que es necesario para inteligencia, y así lo diré primero. La serenísima reina doña Margarita de Austria, después de dos tormentas, pasó felicemente el mar desde Jénova á Vinaroz, con cuarenta y una galeras, muy bien armadas (venia por capitán general el principe Doria), donde desembarcó á 28 de marzo, y fué recebida del cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, y del conde de Lemos, y del conde de Alba de Lista, su mayordomo mayor, y don Juan Idiaguez, caballero mayor, y de toda la nueva familia de su Majestad. Venido á Valencia el aviso de que su Majestad había desembarcado, fué por la posta el marqués de Denia á visitarla de parte del rey nuestro señor, á un lugar llamado San Mateo, cinco leguas mas acá de Vinaroz, acompañado de cien postas, de las cuales los cuarenta eran caballeros principales, vestidos de una librea que era de terciopelo carmesi, con pasamanos y recamos de oro, y los demás de seda. Los caballeros iban en cuerpo, llevando su herrero de paño carmesi en el portamanteo; y el marqués de Denia, detrás de todos, vestido con un bohémio bordado de oro y plata, y lo mismo el sombrero.

Después su Majestad en Vinaroz, partió para Murviedro, cuatro leguas desta ciudad de Valencia, lugar célebre por la memoria y reliquias que se ven de la antigua Sagunto, donde se entretuvo los días de la semana santa, y algunos de la siguiente, mientras el serenísimo archiduque Alberto iba y volvía de Madrid, para visitar y despedirse de la serenísima emperatriz, su madre. En Murviedro fué su Majestad visitada del rey nuestro señor, y de la señora infanta, donde iban muy de paso y arrebozados. El viernes, después de pascua, á 16 de abril, se pasó á San Miguel de los Reyes, monasterio de Jerónimos, cerca media legua de la ciudad; y de allí, el domingo siguiente, que fué la Dominica in albis, á 18 de abril de 1599, salió y fué su solemne entrada en la ciudad, la cual estaba rica y hermosamente aderezada, colgando de todas las ventanas muchos paños de sedá y brocado, y por algunas partes las paredes vestidas de lo mismo. Había en la ciudad tres arcos triunfales: el uno estaba en la puerta de Serranos, por donde había de entrar su Majestad; el otro, en la puerta del Real, por donde había de salir; el tercero, que era mucho mayor y hermoso, estaba en medio del mercado, y tenía mas de cien pies en alto, y mas de otros tantos en ancho. Este tenía tres puertas ó arcos, que los dividían cuatro columnas á la corintia, grandisimas, con sus bases y contra-bases. El arco de medio era mucho mayor y mas alto, y los de los lados tenían algunas pinturas al óleo. A mano derecha había una mujer armada, furiosa, con una lanza que hacía huir y caer á sus pies muchos soldados; con esta letra abajo:

*Reina de Francia, diosa de la guerra.  
Fué Radegundis en librar su tierra.*

A la otra mano estaba un carro triunfal, y en él asentada una mujer armada, y delante della un templo grande, de mucha arquitectura, con esta letra:

*La española Isabela al mundo espanta,  
Fundando á Santa Fe por la fe santa.*